

XVI

¡Mordisquito!, ¿te acordás de los asilos? ¿O no querés acordarte? ¡Yo sí quiero! Y te hablo de los asilos según los vi antes, porque ya te dije que tengo mucha memoria, paquetes de memoria. ¡Seré menos alto y menos pesado que vos, pero me cabe dentro toda la memoria del mundo! ¡Y recuerdo el desfile triste de los pibes huérfanos de entonces! ¡A mí no me vas a decir que no te acordás! Preferís no acordarte. Se abrían las puertas de eso que antes se llamaba asilo y hoy se llama *hogar* —y se llama *hogar* porque ahora es un hogar—; se abrían las puertas y salían a la calle, no cien gorriones rubios envueltos en un alegre forro de cutis, todo risa en los ojos, como refucilos, pura fogata en los cachetes encendidos. no, no, ésos no salían. Porque aparecía el desfile de dos hileras oscuras, las cabecitas rapadas y el guardapolvo gris. Vení, recordá conmigo, recogé conmigo el barrilete de esa vieja tristeza y ayudáme a envolver despacito los pio-lines de esa pesadilla gris. Volvé a verlos como los veíamos entonces, desfilando ante la curiosidad un poquito negligente de un público al que todavía no le habían enseñado a creer en la dignidad de los niños. Esos pobres pibes del asilo viejo eran llamados *¡bochas!* Estaban como domesticados en un corral aparte. Ellos no conocían el

bochinche precioso del centrodelantero que suda gloriosamente en el potrero, ni conocían el rumor de la mano que acomoda la cobija para que no vuele levantada por el sobrepique de la sofocación o del sueño. Eran... qué sé yo, animalitos grises en fila. Y los hacían caminar con tanta indiferencia por las calles de este Buenos Aires, que ese desfile parecía un castigo, y esa orfandad, una culpa. ¡Eran *bochas*! ¡El rapado desfile de *bochas*! Pobres cabezitas que no habían conocido el hervidero de los mechones rebeldes, el tumulto del jopo que de pibes nos molestaba y que de grandes extrañamos suspirando, el borbotón de los rulos donde se hacía un fatigoso *picnic* el peine de mamá. ¿Sabés qué parecía esa caravana vestida de oscuro, pelada y melancólica? Un tren de presidiarios diminutos. Los dirigían sin acariciarlos, los metían en una vida manchada de gris, los empujaban a creer que no tener madre era, no un drama, sino una vergüenza. Claro, vos sabés adónde quiero llegar. Naturalmente, a esto que los dos conocemos perfectamente. Decíme, ¿hay asilos ahora? No. Hay *hogares*, y no me digas que es lo mismo, porque lo mismo no es. ¿Ahora ves desfilar por las calles a doble hilera a huérfanos identificados por una tristeza y un uniforme? ¡No, qué vas a verlos! ¡Ahora los pibes del hogar —no del asilo— se mezclan con tus hijos en las escuelas del barrio —si son como tus hijos, ¿por qué no iban a mezclarse?— y con ellos juegan, estudian, chillan, sueñan y se agarran a trompadas honrada y alegremente! Y los pibes del hogar, esos chiquilines que están salvándose porque ya no los visten de gris ni por fuera ni por dentro, esos chiquilines ya no forman las silenciosas filas al rape tomadas de la mano, sino que son llevados y traídos en la ruidosa pajarrera del ómnibus ñato. ¡Decíme que entendés este delicioso mensaje a la dignidad infantil! De los pebetes tristes

nacen los hombres resentidos, pero una infancia sana y respetada prepara los resortes de la vida esperanzada. Se puede esperar mucho de un hombre cuando piensa en su infancia y no le duele como una cachetada, sino que lo endulza como una golosina. Y los pibes risueños de hoy serán los hombres templados de mañana. ¿Verdad que comprendés lo que vine a decirte en esta noche cargada de pibes? Criaturas dignas, para que de ellas nazcan las personas dignas. ¡Qué claro está todo, qué claro y qué hermoso! Porque no me digás que no te está iluminando esa claridad y esa hermosura. ¡Cómo no va a iluminarte! Si sos más bueno que yo. Aunque seas terco. Aunque me contradigas. ¡Vamos! ¿Que no te alegra tanta felicidad en esos chicos? ¡Salí! ¡A mí no me la vas a contar!

XVII

¿Verdad que sí? ¡Claro que sí! Al hombre le gusta la mujer. ¡Una barbaridad, le gusta! ¿No te parece bien? Que la mujer nos guste es una de las costumbres más bellas que Dios nos puso dentro. Claro, unos están más acostumbrados que otros, ¡pero la costumbre es de todos! Desde el enamorado tropical que la pregona con un mambo hasta el esquimal que ama con el pingüino puesto. ¡Vos, y yo, y todos! ¿Y por qué no? ¿Te das cuenta qué aburrimiento si no hubiese mujeres? ¡No sería vida! Sin ellas estaríamos perdidos como una piraña en el Sahara. Mirálas, ahí las tenés. En Buenos Aires desfilan y desfilan para el festival de tus ojos o de sus sentimientos. Mirálas. ¡Qué femeninas son! No importa que hablen por teléfono justo a la hora en que llamamos de afuera y con urgencia para avisar que nos acaban de internar porque nos dio el ataque; no importa que nos hagan llegar tarde al teatro y que después se nieguen a sacarse el sombrero con el pájaro, aunque haya una ordenanza. ¡No importa! Esos son detalles chiquitos dentro de una biografía deliciosa. Querélas, porque son encantadoras. Querélas, pero respetálas. Porque no basta el amor. ¡Claro que no basta! Además, hacen falta otras actitudes y otros hábitos: la amabilidad, la delicadeza, la consideración.

¿Todavía no me ves venir? ¡Sí que me ves! Porque ahora voy. Hace muchos años —¡muchas generaciones!— la mujer era una sonrosada prisionera con rulitos que vivía puertas adentro, quemando el platito del incienso o derramando querosene en el hormiguero. Pero después las mujeres entraron en el mundo, y además de ser nuestras compañeras en el hogar lo fueron también en el trabajo. ¿Y sabés cómo los hombres —los hombres patrones— agradecieron esa gauchada? Con la explotación. ¿Viste que no busco palabras intermedias y te digo la que corresponde, con un desparpajo de nene que dice el disparate en el momento que hay visitas? ¡Con la explotación! Porque un muchacho obrero, por ejemplo, ganaba, ¡qué sé yo!, un jornal de cuatro pesos por manejar una máquina cualquiera —la máquina elegíla vos—, y, en cambio, a una muchacha obrera, para manejar la misma máquina, le pagaban... ponéle \$ 1,10. Y si preguntabas cándidamente, como yo una vez lo pregunté: «Si el trabajo es el mismo, ¿por qué la obrera gana mucho menos?», te contestaban, sobrándote: «¡Qué gracia! ¿Cómo le van a pagar igual al hombre que a la mujer?» ¿No te acordás? ¡Yo sí me acuerdo! Lindos patrones de entonces. ¡Ejemplos de humanidad, todos marqueses! Muchos que subieron hasta la fortuna utilizando como peldaños el lomo de mil muchachas explotadas echaban al empleado varón porque el varón cobraba equis pesos, y lo reemplazaban con una mujer a quien le pagaban la cuarta parte de equis. Claro, no podía compararse: el hombre era fuerte y la mujer débil, entonces, ¡métale leña a la debilidad!

¿Todavía no me viste venir? ¡Pero si estoy poco menos que sentado en su falda! ¿No te acordás de aquello tan triste que pasaba antes y de todo esto tan estu-pendo que pasa ahora? Si frente a los hombres y las mujeres que trabajan hay que hacer alguna diferencia, ¡que

esa diferencia se haga a favor de ellas, no de nosotros, que vivimos para ellas! ¿Comprendés el hondo sentido de esta gratitud con que hablo? Si la mujer embellece nuestra vida, aunque nos haga discutir con el acomodador, ¿cómo podríamos soportar la explotación de aquellos tiempos superados y cómo podríamos no agradecer estas leyes justas y dignas de una sociedad culta, que ahora protegen su delicado esfuerzo; estas leyes, mirá, que a veces más que ser leyes parecen piropos? Dignificando a la mujer, de rebote mejoramos la dignidad de los hombres, porque no me digas que el respeto hacia la mujer querida —que es tu madre, tu novia o tu esposa— no es respeto que se te ofrece a vos también. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que lo comprendés? ¡No me vas a contar que no lo comprendés!

XVIII

Mirá, Mordisquito: la verdad es que entre vos y yo la diferencia está en el punto de vista. Porque si los dos vemos la misma realidad y tenemos reacciones distintas es porque uno de nosotros está mirando sin ver. ¡Y sí! Porque se puede mirar en blanco, sin ver nada. ¿No lo sabías? Es como sacar fotos con la placa velada. La foto se toma, pero no sale, ¿entendés? Claro que también es cierto aquello de que «todo es según el color del cristal con que se mira». Pero yo te invito a que miremos sin ningún cristal, sin ningún color. Con los ojos nada más. Que mirés con la inteligencia o con el corazón, que es la mejor forma de ver las cosas. Que mirés con las manos, tocando la realidad, que también es un estilo sin engaños. ¿Me entendés ahora? Yo no necesito ni quiero hablarte de teorías. Yo no te la vengo a contar. Te la señalo con el dedo. Te muestro las cosas que están ahí, de pie, sólidas, evidentes, al alcance de cualquier miopía. Por eso te pido que mires y que reflexiones. Nada más. Te invito a que mires un poco hacia atrás y recuerdes lo que es un ingenio. No. No te hablo del de Cervantes. Te hablo del otro. Ya se te endulza la boca pensando en el azúcar. Pero el asunto no era entonces tan dulce como vos creés. No, ¡qué esperanza! El ingenio era también —permitíme este

juego casual de palabras— el ingenio puesto por el hombre para explotar al hombre. Sí. La explotación del hombre por el hombre. La expresión de un sistema inhumano, por fin vencido. Era el *arreo* de obreros que se llevaban en vagones de hacienda porque salía más barato. Era el tratamiento miserable, el salario miserable. Era sencillamente el hambre, y con el hambre, las enfermedades. Vos no debés olvidar nunca, Mordisquito, que el reconocimiento médico para la incorporación militar arrojaba en esa época un 50% de ciudadanos ineptos por debilidad constitucional. ¿Lo grabaste en tu memoria? La mitad no servía. Claro que para los apurados transeúntes de la calle Corrientes el problema social de los ingenios y de la explotación y del hambre quedaba muy lejos como para perturbarles la existencia, Pero era algo que existía en nuestra misma patria. ¿Comprendés? El azúcar no era entonces tan dulce como lo gustamos nosotros. Pero aquella situación creada por un sistema, que ni yo ni nadie puede permitir que vuelva, ya es historia. Mirá hoy con ojos de argentino, con el más elemental de los sentimientos humanos, el mapa de aquella realidad. Se ha transformado. Los obreros de los ingenios no solamente han alcanzado los salarios que merecen, las mejoras en el régimen de alimentación y de viviendas, sino también los derechos de respeto y la consideración de hombres. Ya sé que el azúcar vale más. No me lo tenés que decir. Pero ahora su dulzor es sin sombra. Sin la amargura de aquel origen injusto y doloroso. Ya ves, Mordisquito, que yo te hablo de hechos, no de teorías. Yo te hablo de obras que buscan levantar al pueblo, como la de este tren sanitario que parte en una cruzada, ensayando por primera vez en el país la medicina de masas; ¡no *de las masas!*... *De masas*, que son diferentes, pero se pudren lo mismo. Un tren sanitario que va

a realizar el estudio abreugráfico¹ de los obreros de esos mismos ingenios azucareros y de sus familiares, el catastro tuberculínico y la vacunación antituberculosa que corresponda, el estudio odontológico y oftalmológico para asegurar la salud de la población obrera. Yo te señalo con el dedo estas cosas que son tan fáciles de ver, y ante este vértigo de obras ¿vos creés que podemos tener dos puntos de vista? ¡No, Mordisquito! O vos ves sin mirar, o tenés un *cocktail* de miopía con astigmatismo, y encima la placa velada. Y entonces ¿qué? ¿Me la querés seguir contando? ¿Y para qué? Perdonáme que insista, pero a mí no... ¡a mí no me la vas a contar!

¹ De *abreugrafía*, pequeña radiografía introducida en el servicio sanitario argentino por el ministro de Salud Pública, Dr. Ramón Carrillo, para detectar posibles afecciones pulmonares en los trabajadores. (N. del E.)

XIX

¡Sé bueno, Barullo, razoná! Hay cosas que uno a fuerza de vivir, enredado en la lucha de todos los días, termina por olvidarlas, y el olvido —además de una fatalidad— es un peligro, porque borra de pronto obligaciones y desdibuja derechos. Es una especie de cama camera —el olvido— donde uno se despatarra después de un viaje pesado y se deja hundir sin ganas de pensar más nada que en el propio sueño: «¡Qué se mueran todos!...» «Que no te hable nadie...» «Que los problemas se arreglen solos...» ¡Dormir! ¡Aaah! Así, ¿verdad, Barullo? Abrazado a la almohada. ¡Qué felicidad más grande es esa de irse hundiendo en el colchón, todo —como si te hubieran hecho un pozo en la tierra—, y que los pensamientos se vayan envolviendo como en un algodón hasta no oírlos! ¡Ah! Es una dicha, ¿verdad? ¡Profunda! Porque el sueño es una especie de olvido. Sólo que el olvido es más largo que el sueño y te hace criminal a veces. ¿Entendés, Barullo?

¿Cuánto hace que vos no pensás que la vida de los otros es tan importante como la tuya? ¿Mucho, verdad? ¿Te cuesta entenderlo todavía? ¿No sabés que el hombre nace para vivir, y que la vida es un premio? ¿Quién te trastornó hasta el punto de creer que era un castigo?

¡Y no, Barullo! El hombre nace para vivir, y la vida es un premio. El más grande quizás, el más lindo. Y ha de morir el hombre, por su cuenta, por sí mismo, sin que el Estado haga lo posible para que se muera desde que nace; sin que el mejor dotado lo aplaste, porque es más débil; sin que las diferencias de mejor fortuna hagan de la comunidad una mezcla de 10 dichosos contra 9.990 desdichados. ¿Comprendés, Barullo?

A mí no me duele que vos tengas más; me duele que los demás no tengan nada. ¿Te has olvidado que la vida de los otros vale tanto como la tuya? Por eso me escribís diciendo que este Gobierno ha desatado una tormenta de clases. ¡Qué error el tuyo! Lo que ha desatado este Gobierno no es una tormenta de clases, sino que ha desatado a un montón de clases que vivían en la tormenta, sin paraguas, sin comida, sin más sueños que los que dan el cansancio y la miseria. De gente como vos. Como vos, que sos capaz de llorar a gritos con una película de esclavos, y los has estado viendo morir de tristeza al lado tuyo durante tu vida, sin comprender cuál era tu destino generoso frente a ellos.

El hombre nace para vivir y la vida es un premio. ¿Qué significa frente a esta tremenda verdad que un mozo de café te tire un plato de masas sobre la mesa? Todos los que se sacan la lotería rompen algo, o te manchan de vino con el brindis, y ellos se la sacaron. Se la sacaron cuando la justicia, que hoy desparrama sus beneficios sobre esta tierra, les alcanzó salvándolos de una vida que les era vergonzante. ¿Qué importa una semana de jolgorio que ya terminó? Una pequeña revancha que bien les pertenecía. Confesá, Barullo, que te salió barata y que los desamparados sociales de este país te resultaron más nobles de lo que vos pensabas. ¡Con una semana de jolgorio se dieron por pagados por la injusticia de un siglo!

¡Barato! ¿A que ya no te tiran nada? ¿Verdad que ya no te tiran nada? Yo sé por qué estás tan enojado en tu carta. Te da rabia no haberte portado bien con tus hermanos y que otros lo hayan hecho en lugar tuyo. A mí no me la vas a contar. Vos hacés como ese que llega a casa vociferando por una estupidez para que la mujer no le pregunte por qué volvió tan tarde.